



EVANGELIO DE LA DOMINICA

Dijo Jesús a sus discípulos: Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: se os echará en el seno una buena medida apretada y bien colmada hasta rebasar. Porque con la misma medida con que midiereis, se os medirá a vosotros. — Déciales también este símil: ¿Podría un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? No es el discípulo superior al maestro: pero todo discípulo será perfecto, como sea semejante a su maestro. Y ¿por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que tienes en tu ojo? O ¿cómo puedes decir a tu hermano: Hermano deja que te quite esa mota del ojo: cuando tu no echas de ver la viga en el tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu ojo; y después verás cómo sacas la paja del ojo de tu hermano.

La viga y la paja

¡Cuán conocedor de la doblez humana se muestra Jesucristo con el símil de la paja en el ojo ajeno y de la viga en el propio! Es un símil de actualidad perenne puesto que los hombres, a través de los tiempos, no hemos cambiado. Los progresos, reales o pretendidos, en las ciencias, artes, etc., han modificado el modo de ser y de vivir en muchos aspectos pero el corazón del hombre es el mismo que en tiempos de Jesús, y por obra y gracia de las ofuscaciones que el corazón provoca con sus pasiones desbordadas experimentamos una dificultad enorme en conocernos a nosotros mismos y en cambio nuestra petulancia no tiene límites cuando se trata de juzgar y calificar los actos del prójimo. Traduzcamos este fenómeno en lenguaje figurado y observaremos que el símil de ver la paja en el ojo ajeno sin darnos cuenta de la viga que deforma y obstruye la visión del nuestro, lo expresa con una exactitud que debería anonadarnos si realmente aspirásemos a la perfección espiritual que ha de hacernos santos.